

La trama relacional de la periferia urbana. La figuración “establecidos y *outsiders*” revisitada.

Ramiro Segura*

Introducción

La presente ponencia analiza la trama relacional de un sector de la periferia urbana de la ciudad de La Plata. Nos detendremos específicamente en las categorías de clasificación que utilizan los residentes, las relaciones que establecen a partir de las mismas y la productividad social de dichas categorías y relaciones.

Los resultados del trabajo de campo nos colocaron ante una *situación paradójica*: mientras por un lado identificamos entre los residentes de ese sector de la ciudad una *experiencia común* vinculada con *el habitar la periferia*, por otro lado –y de manera simultánea- los pobladores de la periferia se perciben como formando parte de *grupos distintos* y se relacionan en base a esas clasificaciones y categorías con que se distinguen. Por esto, la *figuración establecidos-outsiders* propuesta por Norbert Elías a partir de su trabajo en una localidad obrera inglesa, la cual se ha mostrado especialmente productiva cuando se analizan los sectores populares urbanos en la Argentina, fue puesta a prueba: pensamos que *las condiciones y temporalidades diferenciales* en las que se produce ese habitar podrían ayudarnos a comprender la paradoja.

Así, por medio del análisis del *uso nativo de la categoría socio-espacial barrio*, uso cambiante en cuanto a lo que incluye/excluye y a los atributos que lo caracterizarían según los contextos y los actores involucrados, se trabaja aquí sobre el entrelazamiento de límites sociales y simbólicos que permite comprender la trama relacional de la periferia, mostrar la productividad de esa figuración social en lo que respecta no solo a la legitimación sino también a la generación de desigualdades y cuestionar la perspectiva dicotómica a la hora de pensar las relaciones entre establecidos y *outsiders*.

Una experiencia común

Habitar la periferia aparece como *una experiencia común para sus residentes*. En efecto, en los diversos relatos acerca del establecimiento en el lugar es posible identificar un conjunto de expectativas, problemas y prácticas comunes, vinculadas a lo que implica arribar, afincarse y vivir en la periferia. Simultáneamente, esta experiencia común, narrada de modos

* Licenciado en Antropología (UNLP). Doctor en Ciencias Sociales (UNGS-IDES). Docente Investigador NES/UNLP – IDAES/UNSAM. E-mail: segura_ramiro@hotmail.com

similares, *no se traduce necesariamente en una experiencia compartida entre los distintos residentes*, entendiendo por compartir la experiencia el hecho de encontrar en la misma un punto de articulación entre residentes que llegaron en distintos momentos y con condiciones socioeconómicas desiguales, fundamentalmente en lo que respecta a la situación legal con la tierra en la que se asentaron (propietarios primero, ocupantes ilegales después) y a la inserción en el mercado de trabajo (mayormente asalariados primero, trabajadores informales y/o beneficiarios de planes sociales de empleo después).

¿Cómo entender las dificultades –si no la imposibilidad- de compartir una experiencia común? Las condiciones objetivas y el tiempo, seguramente, son una respuesta más que suficiente. Se trata de oleadas sucesivas de familias que llegaron con expectativas similares (un lugar para asentarse, la casa propia en el mejor de los casos) y se enfrentaron a problemas similares relacionados con la vivienda, los servicios, la infraestructura, el transporte, pero hicieron esto en momentos distintos y en condiciones objetivas bien diferentes en lo que respecta a la tierra y a la inserción en el mercado de trabajo. Si esto es así ¿cómo entender la experiencia común? ¿Y qué es lo común de esa “experiencia común”? ¿De qué nos habla?

Analizando la literatura inglesa de los últimos cuatro siglos, Raymond Williams se encontró ante un problema similar que condensó en la paradoja de reconocer *la persistencia* de las significaciones y los sentimientos contrapuestos asociados a las imágenes del campo y la ciudad, por un lado, y *la variabilidad* física y social de los campos y las ciudades existentes a lo largo de la historia inglesa, por el otro. Señaló que tal persistencia nos puede llevar a “caer en la tentación de reducir la variedad histórica de las formas de interpretación a lo que, sin mucho rigor, se llaman símbolos y arquetipos”, reducción habitual “cuando comprobamos que ciertas formas, imágenes e ideas importantes persisten a través de periodos de grandes cambios”. Desde luego, la solución no puede ser nunca –sostuvo- la abolición u olvido de uno de los términos, sino que el desafío consiste precisamente en *comprender la persistencia en el marco de la variación histórica*, ya que así es posible identificar diferencias a la vez que la “persistencia indica alguna necesidad permanente” (2001: 357). Creemos que es en la ecuación entre persistencia y variación donde se encuentra la llave para comprender la aparente contradicción entre lo común de una experiencia y la dificultad para compartirla.

Los trazos de esa “experiencia común” son tópicos relativos a la migración hacia la ciudad; el sueño de un lugar propio; las múltiples dificultades a las que tuvieron (y muchos aún tienen) que enfrentar relativas a la ausencia de infraestructura, los servicios deficientes, las largas distancias a cubrir para acceder al trabajo, la salud y la educación; la historia como

un paulatino progreso en el acceso a dichos bienes y servicios; etc.¹ Ahora bien, quizás lo que torna común a estas experiencias desarrolladas en momentos y condiciones diferentes, lo que esas narrativas bastante similares expresan, es precisamente lo que distingue (casi diríamos, opone) la vida en la periferia de la vida en la ciudad, es decir, la distancia que para los actores sociales existe entre lo histórica y socialmente establecido y esperado sobre la vida urbana y lo que han tenido (y tienen) que enfrentar cotidianamente viviendo en la periferia de una ciudad.

La experiencia del espacio se nutre tanto del “aquí y ahora” como de múltiples escalas en relación con las cuales el “aquí y ahora” adquieren sentido. Alicia Lindón ha señalado que la territorialidad es multiescalar y resulta de “la espacialidad de un actor en un espacio dado en un momento (el aquí), pero también se conforma a través de un juego de espejos múltiples en los cuales el sujeto contrasta el lugar en el que está ahora (el aquí) con otros lugares vividos anteriormente e incluso, imaginados. Esos otros lugares –vividos e imaginados- son referencias indirectas a otras escalas espaciales, pero se entrelazan en la conformación del sentido que se le atribuye al lugar presente” (2006: 17). De esta manera, en nuestro caso, un conjunto de bienes y servicios sociales más o menos naturalizados en la ciudad pasan a ser en la periferia un problema cotidiano y por esto su ausencia y la lucha por obtenerlos o suplirlos forman parte relevante de las distintas narrativas de la vida en la periferia. Así, lo común es la experiencia de un conjunto de problemas y prácticas que emergen de la distancia entre las expectativas socialmente construidas acerca de lo que es la vida en la ciudad y lo que efectivamente se tiene en la periferia; experiencia que, está casi de más decirlo, es singular y específica de la periferia y, por lo mismo, habitualmente invisible al resto de los habitantes de la ciudad, quienes acceden *naturalmente* a los bienes y servicios urbanos ausentes o insuficientes en la periferia. En definitiva lo común es, parafraseando a Williams, la experiencia de hacer frente a la persistencia de una necesidad y de aprehender o incorporar el lugar (espacial y social) desde el que se vive y se relaciona con la ciudad.

¹ Conocemos una gran cantidad de relatos similares de personas de los sectores populares acerca de los procesos de ocupación de la tierra y la urbanización: la llegada de los servicios (asfalto, luz, gas, transporte), el establecimiento de instituciones (la escuela, la salita), la cualificación del espacio público (iluminación, plazas, espacios comunes). Estas narrativas no se limitan a los sectores populares de la Argentina (Auyero, 2001), sino que procesos similares han sido descritos en los sectores populares urbanos de países como Brasil (Caldeira, 1984; Kowarick, 1993; Durham, 2000) y México (Lindón, 2005), por referenciar tan sólo a aquellos países de la región donde existen más investigaciones. Lo que buscamos en este apartado es, a partir de tales relatos y descripciones, caracterizar la experiencia común que los mismos condensan.

Los cambiantes usos de *barrio*

El Centro Comunal Altos de San Lorenzo² es una unidad territorial administrativa con límites claros y precisos que, más allá de las diferencias internas, se transformó en un corto período de tiempo en una categoría socio-espacial relevante para canalizar demandas y acceder a políticas sociales. En efecto, la política municipal de los años 90 intervino descentralizando y ordenando la periferia, conformando *espacios públicos locales*.³ Como señaló Adrián Gorelik para la historia cultural de Buenos Aires, es necesario distinguir *analíticamente* entre barrio y suburbio, donde mientras el último término refiere a la expansión material y económica de la mancha urbana, el primero nos remite a la producción social y cultural de un territorio. Así, teniendo en cuenta esta distinción, para las primeras décadas del siglo pasado Gorelik identifica “la conversión “silenciosa” en el suburbio de manojos de vecindarios amorfos y semirurales en el dispositivo cultural barrio, un espacio público de nuevo tipo y escala local” (1998:18). Desde esta perspectiva barrio no es, entonces, una entidad únicamente jurisdiccional, sino que se trata de un *dispositivo cultural* en cuya producción se ven involucrados múltiples actores e instituciones, cuyo resultado consistió para la historia de Buenos Aires en la reestructuración de “la identidad de los heterogéneos sectores populares en

² Aunque el sector estudiado de la periferia comenzó a poblarse lentamente a partir de los años 1940 y 1950 producto de los primeros loteos, recién en 1992 se creó el Centro Comunal Altos de San Lorenzo por medio partir de la ordenanza municipal. El mismo se encuentra al sudeste del casco fundacional de La Plata y su población actual se estima cercana a los 40000 habitantes. Contra lo que habitualmente se supone, no se trata de un espacio homogéneo en términos socioeconómicos; es, por el contrario, un espacio heterogéneo, en el que las condiciones económicas, habitacionales y urbanas desmejoran a medida que uno se aleja de la avenida 72 (denominación que adquiere en ese tramo la avenida Circunvalación, límite del trazado fundacional de la ciudad) hacia el espacio rural. Se observa, así, un *degradé urbano* (Grimson, 2009) donde las condiciones de vida y habitabilidad decrecen de manera progresiva y continua desde los límites fundacionales de la ciudad hacia el espacio rural, con algunas “fronteras” fuertes. De esta manera, en la *configuración socio-espacial* de la localidad es posible identificar *tres sectores* bien diferenciados. Lo que denominamos *sector 1*, área en la que se verifica la mayor ocupación de las parcelas, conformadas por un tejido compacto y homogéneo, que comprende una franja que va desde la avenida 72 a la calle 80 aproximadamente (extendiéndose en algunos tramos hasta la calle 85 y reduciéndose en otros hasta 76). En todo este sector, que corresponde a los primeros espacios ocupados de la zona, se localizan habitantes de clase media y media-baja y se concentran los comercios (fundamentalmente sobre la calle 22) y las principales instituciones públicas (escuelas, centros de salud y delegación municipal) y barriales (clubes y sociedades de fomento). El *sector 2*, que presenta tejido residencial más abierto, grandes vacíos urbanos que interrumpen la trama y asentamientos precarios. Este sector comprende el espacio delimitado entre la calle 80 aproximadamente y la avenida 90 y desde avenida 13 a la avenida 137 y se encuentra aún en expansión, con la creación continua de nuevos asentamientos. Por último, el tercer sector puede caracterizarse como típicamente rural y comprende el ámbito definido desde Avenida 90 a calle 640 y desde Avenida 13 hasta 137.

³ Su relevancia queda de manifiesto en la rápida aceptación de la denominación Altos de San Lorenzo - invención bastante reciente- como nombre del *barrio*. De este modo, mientras hasta los años 90 proliferaban las denominaciones como Circunvalación (por la cercanía a una estación del ferrocarril), Villa Lenzi (debido a un antiguo club de la zona, fundado en 1961, ubicado en 22 y 76), Elizalde (otra estación de ferrocarril abandonada) o Villa Elvira (en referencia a la dueña de unos terrenos que luego fueron loteados), denominaciones todas que eran utilizadas por los residentes para denominar *su barrio* en función de la cercanía de esos u otros hitos respecto de sus hogares, *la política de descentralización municipal* funcionó a la vez como una efectiva política de *territorialización de la periferia*, es decir, de construcción de unidades territoriales con las cuales se vinculan las personas que residen en ellas.

el suburbio” (1998: 273). Alejándose de esta manera del mito comunitario como sustento de la idea de barrio, el autor sostiene que se trató de un proceso histórico por medio del cual los vecindarios se transformaron en barrios por la aparición de un espacio público local constituido por diversas instituciones vecinales y barriales. En definitiva, barrio como un “lugar político”, históricamente conformado (Frederic, 2004: 125).

Más allá de la cronología elaborada por Gorelik para los barrios de Buenos Aires, diversos autores (Auyero, 2001; Merklen, 2005; Grimson, 2005, 2009) han resaltado la persistencia, con flujos y reflujos, del barrio como “lugar político”. Analizando específicamente la política municipal durante los años 90 de un partido del Gran Buenos Aires, Sabina Frederic (2009) sostuvo que por medio de la creación de unidades barriales a través de las cuales debían circular bienes y servicios del Municipio hacia el barrio, y las demandas de éste hacia aquel, se “tendía a recrear una nueva comunidad política de referencia denominada “el barrio” y un nuevo actor político denominado “vecino”” (pp. 253), “barrio” donde los “vecinos” establecen relaciones de *vecindad*, categoría esta última que “imagina individuos iguales, fundidos en una comunión que no tiene lugar para la desigualdad” (pp. 260).

La política municipal de creación de Centros Comunales en la ciudad de La Plata retiene lo central de estos trazos. En primer lugar, la búsqueda de transformación de los suburbios y vecindarios periféricos productos de la lenta y continua expansión de las últimas décadas en barrios, en espacios públicos locales y marcos de interlocución entre el gobierno municipal, las diversas organizaciones e instituciones barriales y sus residentes⁴ a través de un conjunto de intervenciones, instituciones y políticas como la conformación de Centros Comunales con límites precisos, el establecimiento del Delegaciones Municipales por cada centro, las elecciones periódicas de delegados municipales, las políticas de Presupuesto Participativo, la consolidación de Mesas Barriales, las celebraciones de los aniversarios de cada centro y la elaboración de historias locales, entre otras. En segundo lugar, se observa el peso en la construcción de esos espacios locales de ideas directivas que los imagina como comunidades básicamente homogéneas, por un lado, y específicas y singulares, por otro, donde las acciones de sus residentes y organizaciones coinciden con los límites de tales unidades territoriales.

⁴ Vale señalar que la política municipal no actúa sobre una materia inerte sino que en lo que hoy es Altos de San Lorenzo preexistían experiencias ricas, múltiples y diversas de organización social y de resolución de problemas urbanos que luego son reestructuradas por la política municipal. Como buscaremos mostrar aquí, son precisamente esas experiencias previas sedimentadas las que explican en gran medida la dinámica actual en el espacio local.

Simultáneamente a este proceso, sabemos que al interior del espacio local generalmente no existe coincidencia entre los límites fijos de las unidades administrativas y políticas y aquellas delimitaciones realizadas por los actores sociales. Barrio es considerada aquí “una *categoría social referida al espacio*, no una categoría meramente administrativa” (Grimson, 2009: 12). Mientras los catastros tienen límites claros y estables, las fronteras de los barrios pueden ser claras o difusas, fijas o cambiantes, pueden generar consensos o disensos. La escala espacial a la que la categoría barrio hace referencia tampoco es única y con el término se puede aludir desde localidades enteras hasta vecindarios de unas pocas cuadras. Como suele suceder, los sentidos atribuidos a la categoría barrio dependen de la *lógica práctica de los actores sociales* y de los contextos de interacción en los que se encuentran insertos.

Tiempo de residencia y límites (sociales y simbólicos).

La indagación en el proceso de ocupación de la zona permitió identificar *temporalidades (y condiciones materiales) diferenciales* en el proceso de llegada y establecimiento en la periferia que se traduce en la configuración socio-espacial actual en una *fuerte correlación entre tiempo de residencia y condiciones de vida* que genera clivajes hacia el interior del espacio barrial y minimiza las posibilidades de articulación a partir de la experiencia común de habitar la periferia.

En su análisis de las relaciones entre residentes en una localidad obrera inglesa Norbet Elías y John Scotson (2000) cuestionaron la habitual disociación entre estructura e historia: “de acuerdo con las convenciones actuales del pensamiento -escribieron-, la historia no tiene estructura y la estructura no tiene historia”, constatando sin embargo que “sin una referencia al desarrollo de Winston Parva, su estructura en la investigación permanecería incomprensible. El esbozo de ese desarrollo fue parte integrante de la investigación sobre la estructura – sobre la configuración de la comunidad en un momento dado” (2000: 67; traducción propia). En otras palabras, comprender las relaciones sociales en Winston Parva exigía *introducir el tiempo en la estructura*. Así, según su propuesta, es posible leer en la lógica de funcionamiento de una figuración social sincrónica como la de establecidos y *outsiders*, procesos temporales relativos a la antigüedad y novedad de los grupos, sus efectos en la cohesión social diferencial de cada uno de ellos y el impacto de dicha cohesión diferencial en las relaciones entre los miembros de los distintos grupos.

Como es sabido, Elías y Scotson estudiaron una localidad inglesa en la cual no existían marcadas diferencias de clase, etnia o estatus entre las poblaciones de dos barrios obreros a simple vista muy similares y donde, sin embargo, los residentes de uno de los barrios (el más antiguo) se sentían miembros de un grupo superior al barrio vecino (el más reciente) a la vez que los residentes de este último barrio aceptaban pertenecer a un grupo de menor valía, relacionándose en una *figuración del tipo establecidos-outsiders*. Como señalaron estos autores, el tiempo de residencia es un factor de clasificación de familias y grupos bastante conocido en la investigación social; sin embargo, lo novedoso de su estudio y “menos evidente es que esos términos [la antigüedad y la novedad] apuntan para diferencias específicas en la estructura de los grupos y que ese tipo de diferencia estructural desempeña un papel en su jerarquización” (2000: 53; traducción propia). En definitiva, lo relevante de su análisis no es que hayan encontrado un nuevo diacrítico (tiempo de residencia) a partir del cual los grupos y las personas se clasifican y se diferencian (sabemos que los diacríticos son contingentes) sino su señalamiento que el tiempo de residencia se traducía en grados diferenciales de cohesión social de los grupos involucrados en la figuración estudiada, cohesión que se manifestaba en el monopolio de ciertas instituciones de la comunidad, la exclusión del acceso a las mismas a los recién llegados y la sanción por parte de la comunidad sobre los miembros del grupo establecido que se relacionaran con los recién llegados más allá de la órbita laboral que efectivamente ambos grupos compartían.

Una referencia explícita a la estrategia analítica planteada por Elías (1998) se encuentra en la ya citada investigación de Frederic acerca de la moralidad política en un partido del Gran Buenos Aires. En la dinámica cotidiana de dicha localidad se asistía, según la autora, a “una de las relaciones más ríspidas de la vida urbana argentina, la existente entre *villeros* y *vecinos*” (2004: 86-87). La periferia “incluía un amplio espectro de situaciones irregulares en la tenencia de la tierra, que hacían de aquella un área homogénea, frente a la ausencia de tales problemas entre los *vecinos* del centro de la ciudad”. Así, nos encontramos aquí ante una estructura urbana del tipo centro y periferia que se correspondía con dos categorías de actores sociales, los vecinos y los villeros, donde “la permanencia –y su opuesto, la transitoriedad- era el criterio que organizaba la oposición” (2004: 88) entre ambos. Incluso cuando alguno de los residentes de la periferia llevaran más tiempo viviendo en el municipio que algunos vecinos del centro “lo que prevalecía era que las frecuentes olas de recién llegados que integraban esta población, sumada a la irregularidad de la ocupación de las parcelas, abonaban la transitoriedad del conjunto como instrumento de estigmatización”. De esta manera “los “desplazados” y los “establecidos” se distinguen no sólo por la pobreza,

o la nacionalidad, sino por el modo en que se usa la diferencia en el tiempo y las condiciones de residencia en la ciudad, para justificar el desplazamiento. También este mecanismo opera entre los mismos villeros, justificando procesos de diferenciación interna y desplazamiento relativo de los menos establecidos entre los desplazados” (2004: 90).

Mientras Frederic se focaliza de manera exclusiva en la oposición centro-periferia y su correlato en las oposiciones propietario-situación irregular, vecino y villero, nuestra intención es ir más allá de la oposición dicotómica, en tanto es posible advertir constantes desdoblamientos de una misma lógica. Además, si bien es posible suponer que la diferencia en el tiempo y en las condiciones es utilizada para justificar el desplazamiento de los *outsiders*, las temporalidades diferenciales muchas veces dan cuenta de la desigualdad en las condiciones (y no sólo la justifican). Así, consideramos que el tiempo de residencia (y la resultante cohesión diferencial de los grupos) puede ayudarnos a comprender no sólo las relaciones entre los residentes de los sectores 1 y 2, sino también las relaciones hacia el interior del sector 2 donde no existe homogeneidad y al igual que entre los sectores 1 y 2 el tiempo de residencia se correlaciona positivamente con las condiciones de vida. Resumiendo: si bien en nuestro caso tiempo y condiciones se utilizan como justificación de la desigualdad proponemos aquí, retomando una de las hipótesis más productivas de Elías, que el tiempo diferencial ayuda a comprender y explicar las condiciones desiguales en tanto las relaciones (de poder) entre establecidos y *outsiders* sedimentan en instituciones y modos de relacionamiento que impactan en el acceso y la distribución de recursos y prestigio. A la vez, el caso estudiado se aleja del de Elías y Scotson ya que el tiempo de residencia es una de las dimensiones presentes, más no la única, ya que actúa junto con otras como las condiciones económicas y legales y la procedencia, en una compleja intersección entre límites sociales y simbólicos. Así, además de los *límites* (boundaries) *sociales* en tanto formas objetivadas de diferencias sociales manifestadas en el acceso y la distribución desigual de recursos y oportunidades que en el caso del espacio urbano refiere al desigual acceso a la ciudad, debemos tener presente lo que Lamont y Molnár (2002) denominan *límites simbólicos*, es decir, las distinciones conceptuales realizadas por los actores sociales para categorizar objetos, personas y prácticas, que mantienen relaciones complejas (refuerzo, inversión, cuestionamiento, etc.) con los límites sociales.

Establecidos y *outsiders*. Las relaciones entre los sectores 1 y 2.

Comencemos por una escena reveladora, correspondiente a las asambleas del Presupuesto Participativo en Altos de San Lorenzo. A lo largo de cuatro asambleas

convocadas y coordinadas por funcionarios de la Municipalidad de La Plata, entre ellos el Delegado Municipal, los *vecinos* discutieron, propusieron y votaron proyectos para *su barrio* y precisamente porque se trataba de *un ámbito en el que se escenificaba el barrio* siguió de cerca las asambleas. La escuela que se seleccionó para las asambleas se encuentra ubicada en la intersección de la avenida 19 y la calle 81. Es un punto de discontinuidad urbanística importante, frontera entre los sectores 1 y 2. La avenida 19 se urbanizó (doble mano, rambla, iluminación) desde 72 a 81 durante los años 90. Más allá de 81 la avenida 19 consiste en una estrecha calle de asfalto en mal estado que separa una zona de casas de material del reciente asentamiento que se extiende desde 19 hasta 15 y desde 81 hasta 90, conocido por muchos como “el barrio de los peruanos”.

Rápidamente fue posible identificar dos grupos de participantes en las asambleas (que nunca superaron las 50 personas), cada uno con su propio espacio en el salón de actos de la escuela donde se llevaron a cabo. Por un lado, un grupo donde predominaban las mujeres jóvenes con hijos, que procedían de los asentamientos y charlaban habitualmente sobre las carencias y problemas que enfrentaban vinculados con la situación legal de los terrenos donde vivían y la ausencia de servicios básicos; por el otro, un grupo donde era predominante la presencia de varones y mujeres adultos, que residían en el sector 1 y que llegaron a los encuentros iniciales con la firme intención de pedir la realización de cloacas, una vieja demanda del Centro Comunal ya que, más allá de las distintas situaciones socioeconómicas, más del 60 % de los hogares carece de ellas. Rápidamente, sin embargo, se enteraron que el presupuesto no alcanzaba para una obra de tal envergadura.

Además de cierto desengaño inicial hacia el gobierno local por parte de la mayoría de los asistentes al ver lo exiguuo del monto disponible (lo que hacía que las obras deseadas no fueran posibles), desde la primera asamblea hasta la última las discusiones entre los participantes giraron en torno a los criterios de legitimidad para participar, proponer y votar proyectos, y la razón de ser de los proyectos (dónde, para quién y por qué). De esta manera, mientras desde la municipalidad se apelaba a la idea de *comunidad* y a que sus miembros, *los vecinos*, participaran en pos de obtener mejoras para la misma, desde el punto de vista de los participantes se ponía en duda la existencia misma de la comunidad (o sus límites) a la cual la municipalidad interpelaba. Por un lado, emergían las diferencias entre establecidos y recién llegados (quienes vinieron más tarde o, directamente, “fueron puestos” por los políticos), entre propietarios y ocupantes ilegales, entre quienes tributan y quienes no lo hacen, entre domiciliados y quienes carecen de domicilio legal, diferencias que se traducían en necesidades, demandas y urgencias también diferentes. Por otro lado, dada la imposibilidad

de satisfacer la totalidad de estas necesidades, demandas y urgencias diferentes en vista a lo reducido del presupuesto, se abría el espacio para una discusión en torno a los criterios de distribución y acceso a los bienes municipales: ¿Cuál debería ser el criterio a aplicar? ¿La necesidad? ¿El mérito? ¿La igualdad? ¿La antigüedad? Más allá de cómo se resuelvan estas cuestiones –probablemente, de manera contingente en cada situación específica y concreta- la situación descrita nos permite vislumbrar cierta *ambivalencia o dualidad en el espacio local*: la efectiva relevancia de los Centro Comunales –en tanto ámbitos de implementación de las políticas municipales- como marco de interlocución y espacio público local, por un lado; la multiplicidad de “espacios propios” al interior del Centro Comunal, con problemáticas específicas, que ponen en cuestión los criterios desde los cuales son interpelados por la política municipal, por el otro, instalando una disputa en torno a los criterios y legitimidad para acceder a los recursos estatales.

El proceso de propuesta y de votación proyectos fue engorroso. Las quejas habituales eran que “acá cada uno vota por su calle” y efectivamente el clivaje en la votación se definió entre votar proyectos “del barrio” o “de la villa”, como sostuvo un hombre mayor del sector 1 que había participado activamente en las asambleas remarcando la necesidad de cloacas. Unos días después de la elección definitiva entrevisté a Miguel, un comerciante que vive en el sector 1 a quien conocí precisamente en las asambleas del Presupuesto Participativo. Mientras nos despedíamos retomamos la charla sobre la experiencia del Presupuesto Participativo:

M: los del asentamiento querían que les pusieran las cloacas [sic], pero no, si no tenemos cloacas nosotros de este lado, imaginate, que pagamos impuestos, toda la gente que paga el impuesto, menos ellos, un asentamiento, tienen que esperar, se va a hacer, no ahora

R: ¿De este lado, cuál sería?

M: El de la 19 para acá hasta 22 y de 83 a 90 no tenés cloaca por ejemplo, entonces la gente se quejaba por eso, pero “cómo le van a hacer las cloacas a ustedes si nosotros no tenemos cloacas”. Pero bueno, hubo un acuerdo que se iban a hacer las cloacas a esta zona, hay que esperar... si nosotros acá estuvimos esperando 20 años, ellos tendrán seguir esperando ¿viste? (y se ríe).

Las constantes referencias a la relación legal con la tierra (propietarios vs. intrusos), al pago de impuestos y, en la charla con Miguel, a *la espera*⁵ para acceder a los servicios, permiten vislumbrar que las clasificaciones no se reducen a los vínculos entre los residentes de ambos sectores, sino también a la relación diferencial con el Estado. En este sentido, del relato de Miguel se desprende la alusión a una “desigualdad justa” entre los residentes de los

⁵ Recientemente Javier Auyero y Débora Swistun (2008) han remarcado que la relación asimétrica entre el Estado y los sectores populares se manifiesta en el control del tiempo del primero en relación a los segundos, control que se traduce en la espera de éstos en relación a aquel.

sectores 1 y 2, ponderable en los tiempos de espera necesarios para acceder a la infraestructura urbana.

Los asentamientos, desde la perspectiva de los residentes del sector 1

La primera reacción por parte de los residentes del sector 1 es el rechazo y la búsqueda de expulsión de los recién llegados. Sin embargo, cuando un asentamiento logra permanecer, comienzan a establecerse vínculos con sus residentes. Miguel cuenta la historia de un puntero local que

“hizo un barrio, trajo gente, bolitas o peruanos ¿viste? *el barrio peruano* le decimos. Trajo gente, armaron un barrio *ahí atrás*, que también es un asentamiento, en 19 entre 89 y 90. Ahora ya hace más o menos como un año que están ahí, ya está el asentamiento hecho, ya tienen agua, tienen todo, la luz, están ahí”. Cuando se establecieron “estábamos como locos, cuando se armaron allá, inclusive fuimos a la comisaría, se hizo la denuncia, tenemos una vecina ahí frente a la escuela, ella estaba como loca, fue a hablar, inclusive se dedicó a buscar a los dueños de los terrenos, los encontró, pero los terrenos no les importaban. Pero bueno, como la gente empezó a trabajar, se ve que era gente trabajadora, porque realmente es gente trabajadora, empezaron a hacerse las casitas, todo bien. Bueno, estuvimos como un año yendo a la comisaría, yendo a todos lados para que los sacaran ¿viste?” porque nuestra preocupación era “que no fuera un barrio como que dijéramos, bueno, la marginalidad, que vivan los chorros, que hubiera droga y la falta de luz, bueno ya nos sacaban la luz, ¿viste? pero después pasó el tiempo, ya te digo, ya estamos acostumbrados”.

De la indignación y rechazo inicial al acostumbramiento de la presencia de *ellos* cerca de *nosotros*. Acostumbramiento que no supone ausencia de distinción ni de conflictos, como se escenificó durante las asambleas del Presupuesto Participativo, y que no reduce la desconfianza ni el temor.

De hecho, la percepción de los residentes en el sector 1 es que el barrio se transformó radicalmente con el establecimiento de los asentamientos a partir de la década de 1990. “El problema cambió –dice Adolfo- con los asentamientos que se han ido armando y lo que vemos es cada vez más violencia, eso sí, hay mucha violencia, acá robos me han entrado un par de veces, acá a mi casa, por eso debimos poner reja”. A diferencia del pasado, “lo que vemos –sostiene Gabriela- es mucha gente extranjera, está *invadido por extranjeros*; antes no, antes éramos todos argentinos y por ahí del interior de la provincia, pero ahora hay mucha gente extranjera”. Roberto señala que “hace unos veinte años que *el clima empezó a cambiar*. La gente no encontró lugares más céntricos y empezó a asentarse y a hacer lo que podía, digamos”. Ese proceso, al igual que lo que señalaban Adolfo y Gabriela, se manifiesta en cambios importantes en la sociabilidad barrial como el desconocimiento y la desconfianza entre vecinos y el incremento de la inseguridad y el temor.

Barrio y asentamiento

Así, hacia el interior del espacio barrial es posible identificar un primer gran clivaje que se condensa en *la oposición entre barrio y asentamiento* y que rápidamente remite a cuestiones económicas, de procedencia, de antigüedad en la residencia e incluso a diferencias

conductuales y morales. A la vez que señala que “la 72 es un límite” que separa el casco del barrio, Adolfo sostiene inmediatamente después que “acá también estamos delimitados por zonas”. Al preguntarle cuáles serían esas zonas sostiene “desde la 72 hasta la 80, 81 como máximo, y después de la 81 hasta 90. Aquellos [de 72 a 80] tienen más plata, estos [de 80 a 90] menos y los de allá al fondo no tienen nada, de la 90 para el fondo no hay nada de plata”. Para Adolfo las diferencias no son solo económicas. El degradé en términos socioeconómico y urbano se correspondería, por un lado, con los “rasgos físicos” predominantes en cada sector, con presencia de los “descendientes de europeos” en el espacio delimitado por 72 a 80 y con personas “de Bolivia o de Perú” en el espacio que se extiende hacia 90, a quienes “ya se las empieza a... a rechazar un poco ¿viste? aunque te dicen que no, hay un rechazo bastante generalizado”; y, por el otro lado, con las “conductas”, ya que la gente que “vive hacia la 90 son los que tienen todo ese problema de alcoholismo, que no son tan chorros, pero tienen ese problema de alcoholismo y violencia familiar”. Incluso para Adolfo son estas conductas, más que las diferencias económicas, lo que “lleva a hacer esa separación” entre sectores.

“Son *distintos los barrios*”, sostiene Miguel. Desde su perspectiva las diferencias estarían marcadas por el “nivel de gente”. Al solicitarle que me lo explique despliega una peculiar *cartografía social*. “Acá es un barrio concheto, de 19 hasta 25, toda esta zona de acá es todo concheto, le gusta la marca, le gusta lo bueno, pero no le gusta pagar. En cambio, de 76 para allá hasta 80 es otra gente, más trabajadores, más... cómo te puedo decir... segundo nivel de dinero digamos, acá es un nivel más alto, allá es medio, y bueno, de 80 a 90 ya es bajo, totalmente”. En esta última zona es “todo inmigrantes que vienen del conurbano, muchos peruanos, muchos paraguayos, no hay un 10% argentino” y se encuentran “los focos” de peligro, “un semillero de delincuentes”.

De esta manera ciertos límites sociales vinculados con el acceso desigual al espacio urbano son reforzados por límites simbólicos que asocian de manera estable ciertos espacios físicos con un conjunto de características sociales y morales de aquellos que los habitan. El afuera de la ciudad se estructuraría, así, en un degradé continuo desde el límite exterior de la ciudad (la avenida 72) *hacia atrás*, hacia *el fondo* (la avenida 90), apareciendo de este modo un *eje metafórico* que opone *delante y detrás*. El afuera tiene un delante y un detrás, *un fondo*.

El espacio barrial es percibido como un desmejoramiento continuo de las condiciones de vida desde 72 hacia 90, hacia el fondo, a la vez que dicho degradé se correlaciona directamente con la clase (media-baja), la situación legal de los terrenos (propietario-

usurpador), la procedencia (argentino-extranjero), el tiempo de residencia (antiguo-reciente), la relación con el trabajo (trabajo-plan/ayuda) y las conductas y moralidad (nómico-anómico) de sus residentes⁶. Así, muchos residentes en el sector 1 contraponen su experiencia de habitar la periferia, caracterizada por prolongados esfuerzos por trabajar, comprar un terreno, luchar y pagar por los servicios e infraestructura con la experiencia de los residentes de los asentamientos a quienes, según su perspectiva, llegaron hace poco, son extranjeros, no pagaron por los terrenos que “usurparon” ni por los servicios de los que “se cuelgan” y, como si fuera poco, el Estado les da planes de desempleo y ayuda social. “No quieren que ingresen al barrio, porque dicen que no pagan impuestos, que se les da todo”, señala Adolfo. En efecto, es común observar entre los residentes del sector 1 cierta sensación de *injusticia* para con ellos que trabajan y pagan impuestos sin recibir nada, a la vez que desde su punto de vista *recibir ayuda social del Estado* se relaciona con *ser del asentamiento*, conducta que funciona como otro diacrítico relevante en la sociabilidad barrial. En este sentido, la situación ambivalente de personas como Adolfo (reside en el sector 1, trabaja en políticas sociales en el sector 2) resulta sumamente iluminadora. “Los que trabajamos socialmente acá somos muy criticados” y cuenta que “la crítica más habitual es que yo trabajo para *ellos* y que acá no arreglo las calles o porqué le pusiste la luz a ellos (las gestiones las hago yo) y me dicen “ellos tienen luz y a *nosotros* por ahí nos cortan la luz”.

Nosotros y ellos

Los límites remiten a relaciones sociales (Simmel, 1986), a los modos como las personas se clasifican e imaginan entre sí y a las formas en que se relacionan en virtud de tales clasificaciones e imaginarios. Las configuraciones espaciales, ellas mismas objetivaciones del espacio social, en tanto adquieren evidencia dóxica, es decir, en tanto adquieren ante “los ojos de todos aquellos que lo disfrutan la inmutable razón de ser de los hechos de la naturaleza” (Signorelli, 1999: 57), participan de muchas maneras en la naturalización del espacio social y de las posiciones sociales de los agentes. Las oposiciones sociales objetivadas en el espacio en la forma de *barrio y asentamiento* tienden a reproducirse en el lenguaje y las prácticas como principios de visión y división (Bourdieu, 2002), en definitiva, en categorías de percepción y clasificación de objetos, lugares y personas. De esta

⁶ No se trata, sin embargo, de sentidos fijos. Al contrario, nos encontramos con un conjunto de clasificaciones dicotómicas que son movilizadas por los actores sociales para caracterizar un mundo social no dicotómico. Como veremos más adelante, es factible encontrar muchas de estas mismas oposiciones utilizadas por los actores tanto al interior del sector 2 así como en las relaciones que los residentes de cada uno de los barrios tienen con su fondo. Al respecto Michael Herzfeld (1995) ha señalado la relevancia que tienen en la observación etnográfica las oposiciones binarias, las cuales no deberían ser ignoradas debido a que entran en contradicción con las predilecciones ideológicas y teóricas de los investigadores. Por el contrario, éstas son un indicador confiable de modos específicos de leer la desigualdad e incluso de justificarla.

manera, las categorías espaciales funcionan como categorías sociales que simbolizan las posiciones de cada uno de los actores en el espacio social, vinculan tales posiciones a dimensiones morales y organizan las relaciones entre los actores en clave de *nosotros – otros*. Así, hacia el interior del espacio barrial un conjunto de dimensiones como el acceso desigual a la ciudad, la situación legal de los terrenos, la procedencia, las relaciones con el Estado y el tiempo de residencia produce un modo de vincularse en clave *establecidos – outsiders*, en la cual los primeros se consideran superiores a los segundos y, de este modo, cuestionan tanto su establecimiento como su acceso a un conjunto de bienes y servicios urbanos.

Barrio y asentamiento remiten así menos a tipologías edilicias que a una lógica clasificatoria de espacios y personas basada en las relaciones sociales existentes. Las distancias sociales se han traducido en una configuración espacial desigual que se incorpora como principio de (di) visión y lectura del espacio social: nosotros y ellos. El espacio socialmente construido y significado no es secundario o ulterior a las relaciones sociales, ni tan solo escenario de las mismas, sino que es constitutivo de ellas, *el espacio es una prolongación de las propias personas* (Ingold, 2000) que se ven a sí mismas y a los demás siendo del barrio o del asentamiento, de adelante o de atrás, espacios y localizaciones socialmente cargadas de sentidos vinculados con la clase social, la nacionalidad, las conductas y la moral, entre otras.

La “figuración establecidos y *outsiders*” revisitada

Permítanme comenzar con una escena. Se trata en realidad un relato (un montaje) de tres eventos cercanos en el tiempo y en el espacio: *¿tres días del niño en un mismo barrio?* Ese podría ser el título, pues esa fue precisamente mi pregunta. Al poco tiempo de trabajar en *el barrio* comencé a participar, por medio de la invitación de algunos de los miembros a los que había conocido en diversas instancias barriales, en la *Asamblea de Puente de Fierro*. Surgida a partir de una demanda puntual –la necesidad de jardines y colegios en el barrio- la asamblea se reúne semanalmente en uno de los comedores del barrio Puente de Fierro y en ella participan personas que tienen comedores y son referentes políticos de la zona como Rosa, Daniel, Mónica y Ester; efectores de políticas y programas sociales que dependen tanto de la provincia de Buenos Aires como de la Municipalidad de La Plata como es el caso de profesionales del Centro de Prevención de las Adicciones (CPA), del Programa Barrio Adentro y del PROA del Ministerio de Desarrollo Social, del Centro de Orientación Familiar (COF) del Ministerio de Educación, del Hospital del Niños, entre otros; residentes del barrio que traen sus propuestas y problemas; militantes políticos y sociales; y antropólogos y otros científicos sociales como yo. En los dos años en los que asistí a la asamblea la participación tuvo sus picos y sus caídas en cantidad de personas e intensidad, pero el funcionamiento fue continuo abordándose, además de la demanda educativa que le dio origen, diversos temas como la seguridad, los jóvenes, los programas de capacitación y empleo, las becas, los trámites para obtener el DNI, el proyecto de declarar patrimonio al puente, entre otros. Además de los problemas que van surgiendo y son tratados en la asamblea, ésta es un ámbito en el cual circula información sobre el barrio, los problemas de los vecinos y los programas y políticas públicas vigentes. Desde el punto de vista de muchos de los participantes (ya sean

residentes en el barrio o participen por trabajo y/o militancia) la asamblea es un intento por superar lo que diagnostican como *la fragmentación* existente en el barrio. Por esto, desde la asamblea se busca coordinar actividades conjuntas, que involucren a distintas zonas del barrio y durante el 2009 se editó el primer número de una revista barrial llamada *El Puente*.

Fue en el marco de mi participación en la asamblea, durante 2008, que asistí a la difusión y organización (luego participé) de tres eventos consecutivos para celebrar el día del niño. En primer lugar María, la mujer de Carlos, junto con Zulema, organizaron en *la canchita* el día del niño. Si bien Carlos y María hace años que a partir de donaciones de empresarios y políticos festejan el día del niño (Carlos siempre relata que en una oportunidad consiguieron una gran carpa y salieron en TV por el programa de Tinelli) contaron en esta ocasión con el apoyo de los miembros del Taller de Recreación para niños que semanalmente organizan en el templo evangelista aldaño a la canchita los miembros del CPA y del mismo participaron algunos asiduos concurrentes a la asamblea. El festejo incluyó torneo un de penales para los varones (el cual arbitré), concurso de baile para las mujeres y que se cerró en una fría y nublada tarde con chocolate y torta para todos los asistentes.

Luego, al fin de semana siguiente, Ester celebró en *la 90* el día del niño con choripán, juegos como la carrera de embolsados, el baile alrededor de la silla y partidos de fútbol (nuevamente fui árbitro y, por momentos, jugador), cerrando el evento con chocolate, torta y juguetes de regalo para los chicos. En esta oportunidad, además de diversas donaciones de alimentos y juguetes, el evento contó con el apoyo de miembros del Programa Barrio Adentro, que semanalmente dictaba un taller de arte para los niños que concurren al comedor de Ester.

Por último, al poco tiempo, en la placita de *Puente de Fierro* (29 y 89), con el apoyo del Foro de la Niñez de la CTA, se celebró nuevamente el día del niño, que incluyó empanadas (aprendía a hacer el repulgue) realizadas en el comedor de Rosa, juegos, obras de teatro y chocolate como cierre. Si bien muchas de las personas que participábamos habitualmente de la asamblea estuvimos en los tres eventos, ni los chicos ni los adultos –salvo excepciones- fueron a más de uno. En el último de los tres eventos estábamos charlando con Ester en la placita de Puente de Fierro mientras comíamos unas empanadas y me dice que si bien estaba planteado en el programa del evento, no cree que la banda *Charly y los pibes de la 90* (un grupo de música de chicos surgido a partir de un taller del Programa Barrio Adentro que se realiza en su comedor) toquen pues va a ser difícil que los chicos de *su barrio* vengán. ¿Por qué?, le pregunto inmediatamente, pues están a seis cuadras: “*son dos barrios, son distintos y no se juntan*”, me dice.

Habitualmente los análisis se centran en la relación entre establecidos y (quienes desde el punto de vista de los establecidos son) *outsiders*. Este apartado hará foco precisamente en las relaciones entre estos últimos, mostrando la complejidad presente en las mismas, algo que se desprende de la escena anterior en la cual confluyen múltiples instituciones de gobierno, distintas organizaciones sociales y políticas, historias singulares de cada asentamiento y las relaciones cotidianas entre sus residentes. Dicha complejidad, que se aleja de visiones duales, fue señalada para Buenos Aires por Prévot Schapira:

“A la primera separación entre propietarios y no propietarios, que hace renacer el viejo temor por los villeros, *se superponen múltiples fronteras en espacios considerados a menudo como homogéneos*. Diferencias sutiles en el aspecto del barrio, las casas y el acceso a los servicios, son presentadas por los habitantes como signos de pertenencia o exclusión (...) Estas múltiples fronteras que atraviesan los espacios de la periferia y separan a los pobres de los menos pobres, a los villeros de los habitantes de los asentamientos, a los propietarios de los no propietarios, dando lugar a estrategias de esquivamiento, formas de territorialidad exacerbada y de identidad restringida” (2001: 50).

Al respecto, consideramos que existe una trama relacional históricamente construida que puede ayudarnos a comprender la proliferación de diferencias y límites en un espacio considerado externamente como homogéneo.

Temporalidades (y organizaciones) diferenciales

En primer lugar, el sector dos no es un ámbito homogéneo, encontrándose subdividido en distintos asentamientos. Como sintetiza Adolfo

“Puente de Fierro abarcaría 24 a 30 y de la 85 a la 90. Ese es un sector. Estamos trabajando con adolescentes que viven en ese sector, estamos trabajando también con los adolescentes de la 90. La 90 es un barrio, es un asentamiento que va por toda la 90, desde 19 hasta la 22. A eso le llamamos la 90. Y después estoy trabajando también en lo que es el barrio Esperanza, ahí también tengo un par de comedores. Sería la zona que abarca de 19 a 15 y de 81 a 90”.

El momento en que los distintos asentamientos se establecieron parece ser el criterio fundamental de la diferenciación entre ellos. En efecto, la diferencia temporal entre antiguos y nuevos asentamientos se traduce generalmente en una estructura organizacional diferencial de cada uno de ellos y en un acceso también diferencial a infraestructura, servicios urbanos y políticas públicas. Así, Puente de Fierro, el primer asentamiento de la zona (1994), cuenta con una densidad organizacional mucho mayor que La Esperanza (2004), uno de los asentamientos recientes, en términos de presencia de organizaciones políticas, comedores comunitarios y vínculos con las instituciones públicas. Mientras en el primer asentamiento existen al menos seis comedores, dos iglesias (una católica, otra evangélica), diversas organizaciones políticas pertenecientes al peronismo y la izquierda que militan activamente, y sólidos vínculos con distintos programas y políticas sociales de la provincia y el municipio, en el segundo asentamiento sólo existen dos comedores bastante recientes y los efectores de políticas sociales están desplegando estrategias para establecer vínculos con las organizaciones establecidas y sus residentes. Estas diferencias se traducen en desigualdades en el acceso a planes y subsidios estatales, talleres para mujeres, niños y adolescentes, capacitaciones laborales para jóvenes y proyectos a largo plazo como construir una escuela. A la vez –y por lo anterior- se observan marcadas diferencias en cuanto a infraestructura y servicios urbanos entre ambos asentamientos, presentando el primero asfalto en muchas de sus calles, luz y agua, mientras el segundo carece de calles y solo recientemente cuenta con dos canillas comunitarias para acceder al agua, después de que el incendio de una casilla provocara la muerte de una persona. Esta división entre asentamientos se reproduce, además, en diversas prácticas cotidianas y excepcionales como las celebraciones del día del niño a las que nos referíamos en el inicio de este apartado.

Cada barrio tiene su fondo

En segundo lugar, hacia el interior de cada uno de estos asentamientos también existen marcadas diferencias, replicándose la lógica de la antigüedad y el fondo que se evidenciaba en las relaciones entre los residentes de los sectores 1 y 2. Es decir, los recién llegados se ubican más lejos, hacia atrás, en el fondo, tienen peores condiciones de vida, mayores dificultades para acceder a políticas sociales y las relaciones entre unos y otros son tensas. Nos encontramos una tarde en el comedor “Los chicos del Puente”, ubicado en 29 entre 87 y 88, charlando sobre el barrio con los coordinadores Daniel y Mónica. Hablan de que el barrio ha crecido mucho y sigue creciendo. Mónica señala que “el espacio de la 90, de la 90 bis, era todo un campo, ahora está lleno de casas, todo está lleno de casas. El barrio que pasa de la vía al otro lado digamos”. Y Daniel acota que “no han cambiado nada, va..., sí algunas casitas sí, pero no como el crecimiento de *este barrio*, en ese sentido creció mucho, muchísimo”. Además, señala Mónica, el peligro es allá al fondo, en 27 y 89. Ahí sí han sido robados, han sido golpeados, justo en la cuadra de mi casa, en la otra esquina”.

Azucena vive en Puente de Fierro desde hace 12 años y realiza la contraprestación por el plan que recibe del gobierno en el comedor que coordinan Mónica y Daniel. Al igual que ellos señala que “de 89 para allá son gente que vinieron después, porque cuando yo me vine a vivir acá de aquel lado no había nada, era todo campo” y mientras “acá recién se están haciendo casa de materiales, allá no. Ahí era todo campo y hace un año me fui a dar una vuelta, la primera vez que me fui para allá, porque con todo lo que ocurría no iba, pasé por allá no lo podía creer, está todo poblado”. Azucena vive en 29 entre 88 y 89, es decir, alrededor de cien metros de la 90 y doscientos de la 27, y nunca pasa por ahí. Cuenta que “a mi me da miedo de noche porque, no sé, me quedó ese miedo de que se juntaban ahí [varones jóvenes], cuando se juntaban así en la esquina, pasaba la gente, le pedían plata, lo apuntaban con algo. Por esa razón, ese era el miedo”. Complementa señalando que “son chaqueños, dicen, chaqueños, misioneros, no sé. A mi me dijeron que son peligrosos”.

De esta manera, dentro de *un mismo asentamiento* se señalan *barrios distintos*, referenciados por la antigüedad relativa, la posibilidad de progresar, la procedencia de sus residentes y las relaciones que los unen. Nuevamente, una conjunción de límites sociales y simbólicos producen clivajes en personas que atravesaron (y atraviesan) una experiencia común vinculada con la producción de su hábitat y la figuración relacional (re) produce desigualdades en el acceso y distribución de recursos y prestigios.

Del binarismo al desdoblamiento

Del análisis de las dinámicas presentes tanto entre los sectores 1 y 2 como hacia el interior del sector 2 surge la necesidad de reflexionar acerca de los usos habituales de la figuración establecidos—*outsiders*, básicamente por dos motivos. En primer lugar, porque si bien desde la perspectiva dominante en el sector 1 lo que caracterizaría al sector 2 sería la desorganización y la anomia, los residentes de tal sector cuestionan tal caracterización, a la vez que son un grupo sólo desde el punto de vista de los residentes del sector 1, ya que en su dinámica se identifican múltiples organizaciones y diferenciaciones. En segundo lugar, lo que nuestro caso ilumina es que como bien marcaba Elías el clivaje percibido en Winston Parva no hablaba de divisiones perennes, relativas a las cualidades innatas de cada grupo, sino de relaciones sociales entre los grupos dentro de una figuración social.

Revisitar la “figuración establecidos y *outsiders*” permite, en este segundo sentido, reafirmar la tesis de Elías saliendo del binarismo con el que a veces se la asocia. Como sostiene Antonádia Borges “a semejanza del principio segmentario construido por Evans-Pritchard a partir de la etnografía con los Nuer, la oposición entre establecidos y *outsiders* se desdobla constantemente, orientando en cada nueva relación la forma como los agentes se comprometen con el mundo que los rodea”. Es decir, al interior del sector dos, tanto en las relaciones entre residentes de asentamientos antiguos y recientes como al interior de cada uno de los asentamientos en la oposición entre delante y fondo, es posible identificar como se desdobla la oposición fundamental identificada por Elías. Así como en la *lógica segmentaria* descrita por Evans-Pritchard (1997) los segmentos solo existen como *unidad categorial* cuando se oponen a un segmento externo, para luego hacia el interior dividirse en segmentos antagónicos, la periferia es una solo con respecto a la ciudad, así como el sector 2 lo es solo con respecto al sector 1. En la cotidianeidad emergen otros clivajes, otras disputas, comprensibles a partir de la noción de desdoblamiento de la figuración establecido-*outsider*, mecanismo por medio del cual se movilizan las mismas categorías binarias (antiguo-reciente, delante-fondo, etc.) para aplicarlas a otros marcos relacionales

Epílogo. Lógica de la heterogeneidad y la productividad de las categorías.

Con el análisis de la trama relacional de la periferia se buscó no sólo cuestionar la mirada exterior que la supone un espacio homogéneo sino también identificar lo que podríamos llamar la *lógica de la heterogeneidad* (Grimson, 2007) en el espacio barrial. Es decir, no se trató únicamente de contraponer a una mirada homogeneizadora otra que

enfaticara la proliferación de las diferencias y las heterogeneidades; en lugar de esto, se buscó comprender el modo y los criterios en base a los cuales los actores se identifican y diferencian recíprocamente, así como señalar la productividad y efectos de dicha lógica.

Hace tiempo Clyde Mitchell (1999) señaló que en la ciudad es posible distinguir, además de las relaciones estructurales (relaciones –como las laborales- que tienen pautas permanentes de interacción) y las relaciones personales (red de lazos que los individuos configuran en torno suyo), lo que denominó *relaciones categoriales*, es decir, relaciones que se desarrollan en situaciones en las que los contactos son superficiales y rutinarios, resultado de la tendencia a categorizar a la gente en función de algunas características visibles y a ordenar su comportamiento de acuerdo con dicha categorización (generalmente estereotipada). Sin poner en cuestión que, como señaló Mitchell, las relaciones categoriales constituyen un método para simplificar o codificar el comportamiento en situaciones que de otro modo serían “no estructuradas” –hemos mostrado, de hecho, esta dimensión pragmática de las categorías, orientando las relaciones cotidianas en el espacio barrial- consideramos que el uso cotidiano colabora además tanto en la legitimación como también en la producción de desigualdades.

Desde la perspectiva aquí desarrollada las diferenciaciones entre personas que han atravesado una experiencia común en las formas de llegar, establecerse y vivir en la ciudad se comprenden si introducimos las relaciones sociales y el tiempo. Por un lado, los residentes de los distintos sectores de la periferia han pasado por experiencias similares vinculadas con habitar la ciudad en momentos distintos y se han sustentado en un conjunto de vínculos como la participación en organizaciones políticas y sociales y el establecimiento de relaciones de parentesco y de vecindad diferentes. Por el otro, las diferencias temporales en una experiencia común se traducen en diferencias organizacionales y, consecuentemente, en acceso desigual a terrenos, infraestructura y servicios urbanos, y a los beneficios de las políticas sociales, desigualdad que reproduce las diferencias entre los grupos. Así, los relatos sobre el establecimiento en la periferia tienen fuertes paralelismos (al igual que la posición y experiencia de la ciudad) pero la vida cotidiana en el espacio barrial remite a posiciones diferenciales y a redes de relaciones distintas que tienen como resultado que las personas se piensen como miembros de grupos distintos, se relacionen en la clave nosotros-ellos y en tales relaciones se (re) produzcan desigualdades en el acceso y distribución de recursos y también de prestigio.

Bibliografía

- AUYERO, Javier (2001) *La política de los pobres*. Buenos Aires, Manantial.
- AUYERO, Javier y SWISTUN, Débora (2008) *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires, Paidós.
- BARTH, Fredrik (1976) “Introducción”, en *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México, FCE.
- BORGES, Antonádia (2009) “Vecinos”, en Grimson, A., Ferraudi Curto, C. y Segura, R. (Comp.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- BOURDIEU, Pierre (2002) “Efecto de lugar”, en: *La miseria del mundo*. México, FCE.
- CALDEIRA, Teresa (1984) *A política dos outros. O cotidiano dos moradores da periferia e o que pensan do poder e dos poderosos*. San Pablo, Editora Brasiliense.
- DURHAM, Eunice Ribeiro (2000) “Viewing society from periphery”, en *Brasilian Review of Social Sciences*, N° 1, pp. 7-24.
- ELIAS, Norbert (1998) “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”, en: *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá, Norma.
- ELIAS, Norbert y SCOTSON, John (2000) *Os Estabelecidos e os Outsiders*. Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- EVANS-PRITCHAD, E.E (1997). *Los nuer*. Barcelona, Anagrama.
- FREDERIC, Sabina (2004) *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el gran Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- FREDERIC, Sabina (2009) “Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005”, en Grimson, A., Ferraudi Curto, C. y Segura, R. (Comp.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- GORELIK, Adrián (1998) *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Universidad Nacional de Quilmes.
- GRIMSON, Alejandro (2007) “Introducción”, en A. Grimson (Comp.). *Pasiones Nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires, Edhasa.
- GRIMSON, Alejandro (2009) “Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires”, en Grimson, A., Ferraudi Curto, C. y Segura, R. (Comp.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- HERZFELD, Michael (1995) “Hellenism and Occidentalism: The Permutations of Performance in Greek Bourgeois Identity”, en J. Carrier (Ed.) *Occidentalism. Images of the west*. Oxford, Clarendon Press.
- INGOLD, Tim (2000) *The perception of the Environment: Essays of Livelihood, Dwelling and Skill*. London, Routledge.
- KOWARICK, Lucio (1993) *A espoliacao urbana*. San Pablo, Paz e Terra.
- LAMONT, M. y MOLNÁR, V. (2002). “The study of boundaries in the social sciences”, en *Annual review of Sociology*. N° 28.
- LINDÓN, Alicia (2005) “Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias”, en Reguillo, Rossana y Godoy, Marcial (Ed.). *Ciudades Translocales: espacio, flujo, representación*. México, ITESO/SSRC.
- LINDÓN, Alicia (2006) “Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial” (2006) en Ramírez Kuri, Patricia y Aguilar Díaz, Miguel (Coords.) *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. México, ANTHROPOS.
- MERKLEN, Denis. (2005) *Pobres Ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires, Editorial Gorla.
- MITCHELL, Clyde (1999) “Orientaciones teóricas de los estudios urbanos en África”, en Banton, Michael (Comp.). *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid, Alianza.
- PREVOT-SCHAPIRA, Marie-France (2001) “Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades”, en *Perfiles Latinoamericanos* N° 19, pp. 33-56.
- SIGNORELLI, Amalia. (1999). *Antropología urbana*. Universidad Autónoma Metropolitana de México, ANTHROPOS.
- SIMMEL, Georg (1986) “El espacio y la sociedad”, en *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid, Alianza Editorial.
- WILLIAMS, Raymond. (2001). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires, Paidós.